

## II

A una mujer, á la virtuosísima Elena, á la excelsa madre del gran emperador Constantino, cupo la incommensurable dicha de encontrar la cruz del Redentor, símbolo de nuestra Religion.

Tan favorecido ha sido el sexo femenino por la religion cristiana, que algunos sectarios de otras religiones han apellidado al cristianismo la religion de las mujeres.

Débese á la piadosa Elena la conversion de su hijo Constantino.

La influencia que ejercia sobre él, fué suficiente para hacerle simpática la religion del Crucificado, y cuando en la batalla contra Magencio, creyó ver sobre el sol un esplendor que fulguraba en forma de cruz, rodeado de esta inscripcion: *In hoc signo vincis*, resolvió adoptar la cruz por divisa, y el estandarte del águila romana se trasformó en santo lábaro que ostentaba la cruz. Esta enseña, con el monograma de Cristo, sustituyó á las de los dioses que hasta entonces presidian las batallas, y la cruz, que en el Gólgota habia sido emblema de oprobio y baldon, imperó despues sobre los reyes, guió los ejércitos y marcó la faz de una nueva civilizacion.

El vencedor de Licinio y de Maximino no fué cruel con sus enemigos, pues Elena se esforzó en dulcificar los bélicos y duros instintos de su hijo, y tanto lo con-

siguió, que cuando un adulador fué á decir á Constantino que se vengase de los que habian apedreado su estatua, el Emperador le contestó: *las pedradas no me han hecho ninguna contusion.*

Por influencia de Elena promulgó Constantino en Milan el célebre edicto en favor de los cristianos; levantó templos, concedió inmunidades y privilegios á los eclesiásticos, declarándolos exentos de cargos civiles.

A la dulce iniciativa de Elena debióse la abolicion de los combates de los gladiadores, y el que se prohibiera consultar los augures, mutilar los esclavos, marcar los condenados en la frente y hacerlos morir en la cruz.

Esta admirable mujer, animada por la fé religiosa, emprendió su peregrinacion á Tierra Santa á los setenta y nueve años de edad. Constantino puso á sus órdenes los tesoros del Erario, pero Elena no quiso aceptar nada, y viajó de incógnito para que no le tributaran honores reales.

Gran ejemplo de modestia y humildad será siempre esta Emperatriz, que se impuso, al hacer su viaje á los Santos Lugares, las más duras privaciones, pudiendo haber viajado rodeada de todas las comodidades y de todo el lujo debido á la fortuna de su hijo y á su alto rango.

Cuando llegó á Tierra Santa hizo demoler un templo pagano que estaba sobre el Calvario, y entre estas y otras ruinas empezó á dirigir las excavaciones, con objeto de encontrar el santo leño, emblema de la religion cristiana.

Guiada por inspiracion divina, su noble empresa no podia fracasar, y tras algunas luchas y fatigas, en las que no desmayó su fé ni un momento, recibió como premio á su constancia, el inestimable don de encontrar lo que formaba su mayor anhelo. Para solemnizar el inapreciable hallazgo, mandó construir tres templos, uno sobre el Santo Sepulcro, otro en Belem y otro sobre el monte Olivete. Uno de los trozos de la Santa Cruz lo hizo engarzar en ricas piedras y se lo envió á su hijo Constantino; los restantes los distribuyó entre algunas iglesias.

### III

¡Qué contraste entre la Helena del paganismo y la Elena de los cristianos!

La Helena griega enciende satánicas pasiones entre dos pueblos y hace que se destruyan por ella.

La Elena romana conságrase á curar á los heridos abandonados por los partidarios de su hijo, dando ejemplo de alta tolerancia religiosa y de gran caridad.

Nada importa que la espada de Menelao caiga ante una mirada de la hermosa Helena griega; una palabra de la Elena romana le hace terminar á Constantino la transfiguracion del mundo antiguo.

Es cierto que la Helena griega creó el arte clásico; pero la Elena romana hizo más que ella, propagando la más perfecta de las religiones.

Soberbios altares se alzaron á la Helena griega, en los cuales fué deificada; modestos han sido los altares erigidos á la Elena cristiana, y sin embargo, se han derumbado los de aquella, y permanecen incólumes los de ésta.

Nos objetareis que la Helena griega educó el sentimiento estético é inspiró el arte plástico; mas tened en cuenta que en las épocas de mayor entusiasmo artístico, el arte no ha sido más que la religion de los sentidos, mientras que el cristianismo fué desde sus primeros albores, ha sido y será siempre, la religion de las almas. Helena no pudo eternizar la materia; el cristianismo ha podido inmortalizar el espíritu.

Helena ha sido sublimada entre los poetas griegos de su tiempo, porque como no presentian el cristianismo, no encontraban nada superior á la hermosura de la forma; pero para los pueblos latinos, menos sensibles á la belleza corporal que los griegos, la hija de Lacedemonia es una mujer digna de censura.

El fanatismo que inspiró fué tan grande, que Eurípides, el formidable enemigo de las mujeres, le dedica entusiastas panegíricos; Teócrito, Gorgias y otros le han consagrado brillantes apologías. Hasta el mismo Homero, viendo que no puede presentar á Helena inmaculada, tiende sobre ella un florido manto de conmisericion, exclamando: *Helena es el instrumento de los dioses contra Troya. Helena es una víctima condenada á la fatalidad del deshonor por su extraordinaria hermosura.*

Nunca podrá conseguir Homero, con todo el prestigio poderoso y fascinador del genio, que su Helena aparezca pura.

La Helena de los griegos es el pecado; la Elena de los cristianos la virtud.

#### IV

Todos los pueblos antiguos asociaron la mujer á sus religiones. Los israelitas convirtieron á Débora en profetisa; los galos y romanos consultaban á la mujer los asuntos religiosos; los griegos tuvieron Pitonisas; los romanos Sibilas. En la religion de los indios hay una trinidad femenil que la componen Sarasvati, Bavani y Lacmi; la *Gran Madre* que tiene en su mano el loto florido.

Los egipcios sentian tan exaltado entusiasmo hácia la diosa Isis, que cada dia inventaban un nombre nuevo para ella; por tal razon Isis ha sido apellidada *mirionisma*, ó sea la de los diez mil nombres.

En todos los cultos religiosos encontrariamos á la mujer si nos propusiéramos hacer un estudio acerca de las religiones; pero ninguna de ellas puede presentar un ideal más perfecto y poético que el cristianismo: la admirable, la sublime figura de la Virgen Madre.

El cristianismo es la religion que ha inspirado mayores heroismos á las mujeres; el cristianismo es la religion que cuenta en sus anales mayor número de mártires.

¿Cómo no habia de amar la mujer una religion que le dió personalidad, que la sacó de la ignominiosa abyeccion en que vivia?

La mujer encontró muy humana la religion que tiene un consuelo en esta vida para cada dolor, y que nos sonríe con la acariciadora esperanza de un mundo perfecto donde no ha de penetrar la injusticia.

La mujer abrazó con justo entusiasmo el cristianismo, religion de las almas tiernas, porque es la religion del indigente, del desvalido; porque consuela al que llora, alienta al que desfallece, protege al débil y ampara al desgraciado.

Propagadora la mujer del cristianismo, y siendo tan grande su influencia sobre el hombre, no es extraño se realizaran conversiones tan famosas como la de San Agustin por Santa Mónica, la de San Juan Crisóstomo por su madre, la de San Hermenegildo por su esposa Ingunda y la de Constantino por Santa Elena.